

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Celebridades contemporáneas, II: D. Juan Eugenio Hartzenbusch, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—A las horas, poesía, por doña Isabel Poggi.—Un matrimonio por cálculo, por D. Julian Castellanos.—Flores y lágrimas, por doña Faustina Saez de Melgar.—La literatura en la mujer (conclusion), Rogelia Leon, por doña Faustina Saez de Melgar.—Un préstamo, por D. A. Cotarelo.—Mariquilla la idiota (continuacion), novela, por doña Rogelia Leon.—Modas: Correo de señoritas, por doña Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin núm. 2,530.—Variedades.

Pliego tercero del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.

II.

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

El teatro español habia tremolado la enseña del romanticismo; García Gutierrez acababa de conseguir un triunfo memorable con su *Trovador*, cuando en el coliseo del Principe y en otra noche venturosa

de 1836, el público en general pedia con grito unánime que se presentase en las tablas el desconocido autor de un nuevo drama, cuya representacion terminaba.

Aquella obra con tanto aplauso recibida, primorosa creacion de un talento privilegiado, era el primer laurel que habia de ceñir la frente de un génio. El drama se titulaba *Los Amantes de Teruel*, y su autor, jóven desconocido hasta entonces, era el ilustre literato, que, para honra de las letras españolas, hoy saludamos con el nombre de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Nacido en Madrid en setiembre de 1806, é hijo de un honrado ebanista aleman, Hartzenbusch, privado desde la cuna de las caricias de una madre, cruzó una infancia triste y amarga como esas pobres flores que viven en las grietas de los peñascos sin recibir un rayo de sol.

Entusiasta por las letras, de ánimo fuerte, y con un instinto observador que le hacia aventajar en conocimientos á los más aplicados, cursó latin y filosofía en San Isidro, y dedicado despues á su oficio de artesano, alternaba con él el estudio del francés

y el italiano, dejándose al propio tiempo arrastrar por una decidida afición á la poesía dramática.

Pronto conoció Hartzenbusch que en aquel taller de ebanistería era él una verdadera planta exótica: sentía en su imaginación los vértigos del genio, y su alma se estasiaba en una región diáfana y desconocida; el humilde artesano pasó á ocupar una plaza de taquígrafo en la *Gaceta*, y á poco en el *Diario de las Cortes*; la literatura apartaba al naciente poeta de su obrador de ebanistería, como había apartado de la tienda del diamantista al ilustre autor de *La Mojigata* y *El Barón*.

Dueño Hartzenbusch de un tesoro de sentimiento, cubriéndose con el impenetrable velo de la modestia, aislándose, por decirlo así, de toda otra vida que no fuese la del retiro y el estudio, comenzó por dedicarse á la traducción de varias comedias francesas; un resultado poco satisfactorio fué el fruto de sus primeras vigilias; halagado por la magia de sus creaciones el novel escritor, tendió los ojos sobre el teatro antiguo español, y una chispa de entusiasmo vastó para encender todo un volcán de sentimiento y poesía. Hartzenbusch, embriagado por aquella atmósfera de luz que á sus ojos se presentaba, tiende las manos con cariño hacia las inestimables joyas de nuestros dramáticos, refunde con acierto *El Amador*, de Rojas, y *Los Empeños de un acaso*, de Calderón, verifica igual trabajo con otra obra de Moreto; y el entusiasta joven, ansiando ver en escena sus refundiciones, préstase por compromiso á arreglar una antigua comedia de Laviano, monstruosa colección de disparates, y la cual, con el título de *La Restauración de Madrid*, es silbada en su primera representación.

Irritado el amor propio del dócil arreglador, en vano quiso probar fortuna con obras dignas; ninguna de sus refundiciones fué representada, é igual suerte tuvieron las traducciones del *Edipo* y *Merope*, su drama original *D. Fernando de Antequera*, y la tragedia *Medea*.

El romanticismo apareció.

Era un nuevo sol, á cuya luz brotaba un país virgen y fecundo.

Hartzenbusch había bebido en las gratas fuentes de la verdadera poesía castellana: conocía el teatro francés y el italiano; la sangre que corría en sus venas le hacía mirar con cariño la literatura alemana, y la admiración y entusiasmo por todo lo grande y gigantesco empujaban su pensamiento; de Calderón,

el filósofo de los poetas, á Shakespeare, el poeta de los filósofos.

Una tradición triste y conmovedora, tradición que ha pasado á ocupar un lugar en las crónicas, la novelesca historia de *Los Amantes de Teruel*, era por largo tiempo el punto elegido por el infatigable escritor para fundar su primera y legítima gloria literaria.

Los Amantes de Teruel, drama representado por fin en el teatro del Príncipe á beneficio de Carlos Larra, consiguió un éxito solo comparable á la extraordinaria ovación alcanzada por *El Trovador*, poco tiempo antes. Desde momento tan venturoso, rasgaron por completo las nieblas que parecían hasta entonces dispuestas á estorbar la marcha de tan contrariado ingenio; y Hartzenbusch, cultivando la amistad de ilustres varones, frecuentando el Liceo y el Ateneo, se vió presto rodeado de esa consideración que enaltece, y por su talento tan merecida.

Pensador incansable, sábio observador de los más insignificantes detalles, D. Juan E. Hartzenbusch, modela un plan, repara en sus incidentes, los analiza uno á uno; guiado por una desconfianza que á veces rayá en tenacidad, pone en lucha continuamente su afán de erudito con sus rasgos de poeta, llama al arte sin reparar que su inspiración le repele, y en esta larga detención y estudio crece, desbarata, anuda, cambia, dando por fruto después de largo tiempo obras maestras, grandiosas, pero en alguna de las cuales se dejan conocer esas presiones de una excesiva rigidez, como en un cuerpo desnudo y bello las señales de anteriores ligaduras.

Los Amantes de Teruel, fruto de una imaginación virgen y entusiasta, es todo un poema de sentimiento; en ella se ve el genio remontándose libre y no se puede menos de rendirle admiración y aplauso. *Doña Mencía* es un episodio espantoso que, como esos abismos sin fondo, aterra y atrae juntamente; primoroso perfume de poesía exhalan *La Jura en Santa Gadea*, *La Madre de Pelayo* y *Alfonso el Casto*; producciones las tres dignas de tan entendida pluma; vivo reflejo de Shakespeare une la *ley de raza* á una clásica versificación, una idea colosal y sorprendentes episodios; *El mal apóstol* y *el buen ladrón*, es una verdadera joya literaria, donde la modestia del autor resalta sobre innumerables bellezas de estilo; *Vida por honra*, es un estudio acertado de una época especial y un retrato severo pero claro del mordaz Villamediana; en cuanto á *La Coja* y *el enco-*

gilo y *Juan de las Viñas*, comedias son ambas que el público aplaude siempre.

No tan buena fortuna alcanzaron sus otras producciones, *Primero yo*, *El Bachiller Mendicario*, *La Visionaria*.

En cumplimiento de una promesa, intenta Hartzenbusch hacer una escursión por un campo nuevo para él y de suyo difícil y escabroso; alientanle los aplausos con que el público recibe la tan afortunada *Pata de Cabra*, comedia de magia, de Grimaldi, que venia á relevar á las antiquísimas tramoyas de *El Mágico de Salerno* y *Juana la Rabicortona*; el autor de *Los Amantes de Teruel* da al público su *Redoma encantada*, y una lluvia de oro cae sobre los teatros; *La Redoma*, es algo más que una comedia de magia, es una obra donde se descubre con honra la mano del autor concienzudo y la frase del juicioso y elegante versificador: *Los polvos de la madre Celestina* siguen con igual fortuna á la anterior, y esta obra, de origen conocido, supera también á la tercera de su género, que, titulada *Las Batuecas*, obtiene solo un éxito dudoso.

Como poeta lírico, admirase en Hartzenbusch una dulzura casi infantil junto á imágenes gigantes y pensamientos altamente consoladores; sus fábulas son un ejemplo de moralidad y estilo; excelentes artículos de historia y costumbres han contribuido á su renombre; magníficas y poéticas leyendas alternan con sus juiciosos comentarios sobre los *Clásicos españoles*. El teatro antiguo y el *Quijote*, deben al Sr. Hartzenbusch profundos y provechosos estudios; idólatra de nuestras tradiciones literarias, con sin igual instinto adivina al través de los siglos la ciencia del escrito, y familiarizándose con sus invisibles autores parece un intérprete feliz intermedio entre el pasado y el presente.

El Sr. Hartzenbusch, Director hoy de la Biblioteca Nacional, Académico de la Española, caballero de diferentes Órdenes y respetado de todos, es un raro ejemplo de modestia y bondad que subyuga. Con un corazón de cera, apresúrase á servir á cuantos acuden á él en demanda de consejos ó con cualquier otra pretensión; con creciente rubor recibe las alabanzas, y con cariño alienta al humilde y desesperanzado. En el estreno de una obra se le ve impaciente, entusiasta como un niño; cuando presencia una derrota, aunque de autor desconocido se trate, se condeula y clama con lástima contra lo que él siempre califica de severidad; hállese algunas

veces en la mesa de un modesto café, siendo en la amigable reunión el más profundo observador, y nunca el primero en la discusión; mira, escucha, calla casi siempre, cuando habla subyuga con su sencilla franqueza.

Si las fisonomías son un espejo del alma, con razón puede leerse en la del distinguido escritor una inteligencia clara, unida á un talento profundo y á un corazón bondadoso.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

A LAS HORAS.

Pasando vais de corrida,
Y en vuestro rápido vuelo
Tornais una vida en cielo,
Y en triste yermo otra vida.
Que surja dejais florida
La ilusión encantadora;
Y cuando bella colora
Con su luz nuestro pensar,
La arrebatáis, sin mirar
Que huérfana el alma llora!

Y siempre, siempre girando,
Cual veloces pensamientos,
Pasais por el que en tormentos
Cruza la vida llorando:
Entonces, suaves volando,
Desvaneceis su amargura,
Y en la alegría más pura
Inundando su existir,
¡Matais del triste el sufrir,
Cual del feliz la ventura!

Hay horas, que la esperanza
Tan hermosa nos sonríe,
Que al mortal hace que fie
En su célica bonanza.
Con dulce sonrisa avanza
El ángel de la alegría;
Nos dá su caricia pia;
Y pura, y tranquila el alma
Goza en apacible calma
El bien, que el cielo la envía.

Y horas hay, que los fulgores
Roban á la pura estrella,
Que su luz vestía bella
En nuestro cielo de amores:
Mústias se inclinan las flores,
Que asomaban la existencia;

Y del hado á la inclemencia
Miramos desaparecer
Nuestro cándido placer,
Nuestros sueños de inocencia.

Y hay séres, que en sus palacios,
Altivos con su grandeza,
El grito de la pobreza
Desoyen, al bien rehácios.
Potente por los espacios
La voz del Eterno suena;
Y ese pobre, á quien condena
El despotismo tirano,
Se levanta soberano
En horas, que Dios le ordena.

Y valiente el héroe, sueña
De la noche en el misterio,
Con el espléndido imperio
Que ve en su ilusion risueña:
Parte: con faz halagüeña
Se lanza al rudo combate:
Con heroismo se bate;
Mas su victoria derrumba
Hora fatal, que en la tumba
Su valor sublime abate.

El cantor mira laureles
De inspiracion en las horas,
Y alza cántigas sonoras
De su dicha en los vergeles:
El mundo paga con hieles
Su pensamiento sublime,
Sin ver que el génio á que oprime
Con su sarcasmo infernal,
Su egregio nombre inmortal
Sobre los siglos imprime.

Se ven los años pasar,
Surgir uno y otro mundo,
Sin que páre ni un segundo
Vuestro rápido volar.
Vosotros, al señalar
El término de una vida,
De otra al mundo descendida,
El primer paso marcais;
Y á un mismo tiempo alumbráis
La que muere y la nacida.

¡Pasad, pasad! la luz pura
De mi estrella brilladora
Jamás nuble aciaga hora
De llanto y de desventura.
El cielo, do amor fulgura,

No oscurezca el soplo fuerte
De triste contraria suerte
Por vuestro vuelo impelida:
Que la amargura en la vida
Es del corazon la muerte.

ISABEL POGGI.

UN MATRIMONIO POR CALCULO.

CUADRO DE COSTUMBRES.

I.

En la ciudad de Zamora vivia en una modesta casa la viuda de un antiguo portero de Palacio, acompañada de una hija joven y bonita, que rayaba en las diez y siete primaveras.

Juana, que tal era el nombre de la chica, era una de esas *pollas coquetuelas*, ambiciosas y positivistas de carácter dominante y corazon frio, dada por demas al lujo, y á quien atormentaba sobremanera el no poder seguir los caprichos de la moda con la pequeña pension que su mamá tenia.

Hallábase en relacion con un escribiente del gobierno de la provincia, llamado Andrés, chico de buena figura, de escelentes sentimientos, de bastante disposicion, pero huérfano, sin patrimonio, y sobre todo *sin tio*, como vulgarmente se dice, de manera que lo más probable era que el pobre chico no diese en toda su vida un paso adelante en su carrera.

Juana le hacia sufrir horriblemente con sus caprichos y sus continuos coqueteos, porque conociendo que Andrés la idolatraba, se complacia en escitar sus celos dando conversacion á todos.

Dice Victor Hugo que el corazon de la mujer le llenan toda la vida dos gérmenes: la coqueteria y el amor; pero nosotros añadimos que el corazon de la novia de Andrés llenábanle la ambicion y la coqueteria.

Porque para ella le era tan indiferente su prometido como cualquiera otro hombre: seguia sus relaciones más por satisfacer su amor propio, su vanidad de mujer, dígamoslo así, que por cariño; veia que sus amigas, menos bonitas que ella, tenian novios, y no queria por eso encontrarse *Sede vacante*. Pero nunca cruzó siquiera por su imaginacion, ni remotamente, la idea de unirse con él para siempre; ella ambicionaba un esposo que la elevára á una posicion brillante, y en su pecho habíase fijado

el proyecto de dejar á la luna de Valencia al pobre chico, en el momento que pretendiese su mano un hombre de fortuna, de capital.

Andrés por el contrario, trabajaba cada vez con más constancia, solo por ver si conseguía le aumentasen el sueldo con el objeto de pedir la mano de Juana á su mamá, en cuanto le fuera posible.

El pobre chico amaba con un amor inmenso, santo; y sabido es que cuando se ama de veras á un sér, todos los demás nos sobran en el mundo.

Después de algun tiempo, Andrés consiguió lo que ansiaba, ascendió, y con el corazón henchido de dulces esperanzas, de risueñas ilusiones, creía ya tocar con la mano el fin de sus sufrimientos, creía que Juana premiaría su amor siendo su esposa.

Pero ¡ay! un desengaño terrible le deparaba aquella mujer en pago de tanto cariño, de tanta constancia.

Su proposición fué desechada por Juana, á quien había pretendido el coronel de un regimiento que llegara á la ciudad hacia pocos días, y el pobre Andrés, vió, sintiendo en su alma un infierno de celos, que otro hombre era preferido por aquella mujer á quien tanto quería.

Los deseos de Juana se cumplieron: unida á un hombre que satisfacía cuanto ambicionara, era dichosa; y el recuerdo del amor de Andrés era para ella molesto, por lo cual no tardó mucho tiempo en borrarse de su memoria.

El pobre jóven, por el contrario, desesperado, resuelto á todo, desapareció de la ciudad y alistose voluntario en el ejército de nuestras Antillas, ansioso solo morir en aquellas apartadas regiones, ignorado, oscurecido.

II.

Han pasado doce años desde que Juana viera cumplidos sus más ardientes deseos.

Nos encontramos en Madrid, y es la una de la noche; pero de una de esas noches de invierno, frías y oscuras, cuando en una de las calles más céntricas, y en un cuarto principal, se escucha el ruido de dos pistoletazos casi instantáneos; los vecinos se alarman, una guardia próxima acude, y repasando la escalera de la casa, penetra el oficial, seguido de algunos números, en la estancia donde sonaron las detonaciones.

Un espectáculo horrible se presentó á sus ojos: en un elegantísimo lecho se revolcaban en las últi-

mas convulsiones de la agonía, tiñendo de sangre la nivea blancura de las sábanas, un caballero jóven y una mujer sobremanera hermosa.

En medio de la habitación, con los brazos cruzados, sin hacer caso para nada de lo que en su torno sucedía, hallábase un caballero anciano, de cabello blanco, con el semblante descompuesto y la mirada fija en aquella mujer, á quien acababa de arrancar la vida, y á quien con el amor más grande había idolatrado.

A sus piés se encontraban dos pistolas vacías.

El oficial, al contemplar aquella escena, no pudo menos de conmovérse; pero al fijar sus ojos en las cadavéricas facciones de la mujer que espiraba, sin poder contenerse se llevó las dos manos al corazón, lanzó un grito, y cayó al suelo como herido por un rayo.

Aquel oficial era Andrés, que acababa de reconocer en aquella mujer á su antigua novia.

Andrés que desesperado se alistó para Ultramar, resuelto, como dijimos, á buscar la muerte lejos de su patria.

Pero la fortuna siguió sus pasos, y la noche en que le presentamos á nuestros lectores llegando á casa de Juana en el momento que su esposo la sorprende en brazos de un amante y la arranca la vida, era la tercera que pasaba nuestro jóven en Madrid, destinado como capitán á uno de los cuerpos que guarnecían á la sazón la corte.

El accidente de que había sido víctima, era en parte muy lógico, pues aunque los años y la distancia había amortiguado en su corazón la llama del amor, nada fué suficiente para arrancar de él la imagen de la mujer por quien dió su primer latido.

El recuerdo de la primera mujer á quien se ama, solo se borra con la muerte.

La ambición desmedida de Juana la llevó al precipicio, alzada por el hombre que la dió su mano de la oscura medianía á la cumbre de la abundancia; estuvo satisfecha hasta que llegó á acostumbrarse á su nueva posición; pero luego deseó más, y queriendo rivalizar con las principales damas de la nobleza, no titubeó en comerciar con la honra de su esposo, no cejó hasta romper la fé que solemnemente le jurara al pié de los altares.

Cuando dos seres se enlazan para siempre sin que un verdadero amor funda en una sola sus dos almas, más pronto ó más tarde, viene el hastío á transformar en un infierno el hogar doméstico.

Los matrimonios por cálculo no pueden dar nunca de sí más que frutos de perdición.

JULIAN CASTELLANOS.

FLORES Y LÁGRIMAS.

EN LA TUMBA DE UN AMIGO.

¡Misera humanidad; ¡Fatal destino!
Dolores por doquier y amargo llanto;
Erizado de abrojos el camino
Hallamos al nacer. ¡Triste quebranto!

Es la felicidad quimera vana,
Ensueño de dorada fantasía,
Que en óptica ilusion surge el *mañana*
Revestido de luz y de alegría.

Y el alma loca, delirante, sigue
De ilusiones en pos tan halagüeñas,
Sin que su aliento juvenil fatigue
Tanto inmenso erial, tan rudas breñas.

Síguela allá, sin vacilar su vuelo,
Llevando por enseña la esperanza,
Y animada de fé contempla un cielo
Que risueño aparece en lontananza.

¡Ay del pobre que llega descreído,
Sin que anime su pecho fé tan pura!
Que triste exhalará largo gemido
Y en vez de amor encontrará tortura.

Pero feliz aquel que cual mi amigo
Al término llegó de su carrera,
De religion dulcísima al abrigo
Lleno de paz hermosa y placentera.

¡Ah, muy feliz! abandonó del mundo
Las espinas que hieren nuestra planta,
Y en brazos de la fé, sueño profundo
Le sorprendió con armonía santa.

¡Descansa en paz! en tanto que mi lira
Su tributo de amor lega en tu tumba:
Si oyes un eco que por tí suspira,
Y cual gemido funerario zumba,

Escúchale; de la amistad hermosa
Son acentos henchidos de armonía;
Son lágrimas que vierte cariñosa,
Son flores ¡ay! que el corazón te envía.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA LITERATURA EN LA MUJER.

(Conclusion.)

I.

ROGELIA LEON.

Aquí termina la biografía que de la señorita Leon publicamos en 1861; desde entonces nuestros nombres han corrido unidos como ramas de un mismo tronco, ha sido la mas constante colaboradora de mi SEMANARIO fundado en 1862, y no me corresponde á mí ya reseñar el mérito de las obras que se han publicado bajo mi direccion. Todos nuestros antiguos suscritores las conocen, y me han significado más de una vez el placer con que leen sus filosóficas novelas, sus razonados y bien escritos artículos y sus leyendas moriscas llenas de encanto y novedad.

La señorita Leon es hoy una de mis mejores amigas, mi hermana en letras y en amor, y me enorgullece afirmarlo en voz muy alta siendo muy ingrata si no confesara que desde la fundacion de LA VIOLETA ha consagrado todos sus esfuerzos, en union de los míos, al sostenimiento de esta publicacion, que á fuerza de constancia y sacrificios he podido elevar á la altura en que hoy se encuentra, sin haber jamás solicitado ni obtenido la proteccion de nadie, sin más apoyo que mi asiduidad, mi consecuencia, mi constante trabajo, mi abnegacion y la noble generosidad de mis buenos y antiguos redactores, que me han ayudado á salir adelante con mi ardua empresa, disipando las trabas que la malignidad y la envidia oponen siempre á toda idea nueva, á todo pensamiento atrevido.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

UN PRÉSTAMO.

PRÓLOGO.

Agapito Mala-estrella murió hace algun tiempo á consecuencia de una enfermedad que tuvo su origen en el *estómago*.

Su testamento fué corto; poseia una gran dosis de miseria y la legaba entera á los ricos, con objeto de que no se aumentase el número de pobres.

Vino, sufrió y se murió; esta es la verídica historia del desgraciado Agapito.

Yo fui su único y verdadero amigo durante las últimas escenas del drama lúgubre, en el que hizo

perfectamente el papel de protagonista, luchando y reluchando con el destino.

Una vieja cartera llena de grasientos papeles, fué el diamante *regenté* que me cupo en herencia al fallecimiento de mi amigo.

Dicen que Almanzor guardaba cuidadosamente el polvo de las batallas que habia ganado; aseguran que Napoleon I tenia mucho cariño á su capa de Marengo: con el mismo cuidado y con tanto cariño conservo yo la cartera de Agapito.

Encierra escritos muy peregrinos respecto á su azarosa existencia, y entre ellos he hallado el siguiente, que merece mencionarse:

I.

Cierto dia estaba sin un cuarto. Esta situacion no era estraña para mí; desde que tengo uso de razon marchó tranquilamente por todas partes sin miedo alguno á los ladrones.

Sin embargo, aquél dia necesitaba dos pesetas para salir airoso de un lance de honor.

Advertencia importante. No se crea que los sesenta y ocho cuartos me hacian falta para un desafío, todos mis duelos han terminado con algunos puñetazos y sin almuerzo; tan difícil me hubiera sido comprar una pistola ó un florete para herir á mi adversario, como convidarle á la fonda despues de terminadas nuestras diferencias.

Las dos pesetas las necesitaba única y éslusivamente para convidar á una mujer con la cual tenia cita.

Los grandes filósofos de todas épocas, los hombres que han poseido el génio guerrero y emprendedor, los políticos ilustres y los artistas de más nota, han echado generalmente la cuenta sin la huésped, es decir, sin las mujeres; Abelardo, Alfonso VIII, Luis XIV, Rafael, y otros mil que no recuerdo, atestiguan la verdad de mis palabras.

Es sabido que las mujeres mandan con la mirada, exigen con los halagos, y con sus lágrimas mandan, exigen y aun aconsejan el mayor disparate.

No era pequeño el que yo trataba de hacer, si se atiende á la posicion nada envidiable que siempre he ocupado; pero Espronceda dijo: «que á malos trances más brios,» y para dar la razon al malogrado poeta, me eché á la calle en busca de los sesenta y ocho cuartos, no sin repetir, aunque con diferente intencion, las palabras de Michelet:

Monde et Dieu, tout se perd en toi.

II.

En cuatro brincos descendí al portal de la calle; ciento doce escalones me separan del mundo, cuando deseo disfrutar la tranquilidad del hogar doméstico.

—¿Dónde voy? fué la primera pregunta que me hice.

Á todas partes, con tal de que haya probabilidad de encontrar lo que busco; así me contesté.

Mi humanidad se puso en marcha como un tren á toda máquina; ignoraba el número de estaciones que habia en el camino, pero en cambio el punto de llegada y descanso estaba fijamente señalado, pararia..... donde me detuvieran dos pestas.

Nada adelanté en la primera estacion; allí se arreglaban cuentas de las muchas deudas y de la carencia absoluta de dinero para pagarlas.

En la segunda estacion tampoco podian favorecerme, *Miss Eria* visitaba con frecuencia aquella casa.

Hice escala en la tercera, en la cuarta, en la quinta..... y en todas me sucedió lo mismo.

Gruesas gotas de sudor corrian por mi frente; el éxito de la campaña emprendida no era dudoso, tenia que capitular por completo.

En momentos tan supremos, una idea feliz cruzó por mi mente.

Cuando á uno le acosa la pobreza, esta misma pobreza le hace conocer cierta clase de personas, que aunque no le guste, es necesario *tragarlas*.

Así me sucedía á mí con el Sr. D. Juan de la Pega, hombre antipático si los hay, tahir de oficio, miembro de una sociedad filantrópica, cuyo objeto era atrapar el dinero del prójimo por medio de una limpieza sin igual, basada en lo súpicio del juego.

Juan de la Pega me habia hecho á menudo ofrecimientos que yo rehusaba siempre.

Pero aquel dia me decidí á pedirle las dos pesetas.

La fuerza de las circunstancias me impulsaba á marchar hasta por la senda que nunca quise recorrer.

Mi pensamiento era el siguiente: le pido el dinero, me lo da, salgo del compromiso de hoy; con la brevedad posible le devuelvo el préstamo, y despues de esto, *asperges me Domine hyssopo et mundabor*.

Dicho y hecho; llegué á casa de Juan, le espresé en pocas palabras el objeto de la visita; accedió desde luego á la pretension, púsome en la mano los ocho reales y me dijo si queria más.

—¡No! ¡no! ¡gracias! le contesté, lanzándome á la calle lleno de entusiasmo por la victoria alcanzada.

Pasado el Rubicon me faltaba tiempo para llegar á Roma.

III.

Enriqueta me estaba ya esperando.

Creo inútil decir que iba radiante de hermosura.

Era una muchacha que vestía pobremente, pero con esquisita limpieza; su tez, blanca como el alabastro y ostentando en ella unos ojos negros llenos de espresion, su cuerpo esbelto y airoso, el conjunto muy agradable.

Pero la belleza física no suponía nada en comparacion con la moral; era virtuosa á prueba de siglo XIX, sin hacer alarde de su virtud.

Habia quedado huérfana á la edad de cinco años; de su mantenimiento y educacion se encargó una prima de su madre, pero ya achacosa y con pocos recursos esta señora, tuvo Enriqueta que trabajar, á fin de que no les faltase el sustento necesario.

Cuando nos conocimos, la hice un fiel relato de mi infausta historia, y ella me dijo que con tales antecedentes me queria más, prueba palpable que su amor no encerraba ni aun el interés que ahora se exige por cambiar un billete de Banco.

El día á que me refiero era San Enrique, con esto queda explicado el compromiso que yo tenia; en toda justicia debía convidar á mi amada á tomar un sorbete.

Comprendiendo mi posicion, Enriqueta no queria aceptar de ningun modo, pero á fuerza de ruegos pude conseguir que entrase en el café.

Tranquilos, contentos, olvidados del mundo, y olvidándolo nosotros, pasamos una hora de felicidad; mas como nada es estable en la vida, llegó el momento de retirarse á casa.

Llamé, vino el mozo, y muy satisfecho le puse las dos pesetas en la mano, á fin de que cobrase.

El mozo empezó á mirar las monedas, y yo comencé á sentir unos calambres de muy mal género.

«Si serán falsas?» decia yo interiormente, y al propio tiempo entendí la voz del camarero que, arrojando ambas pesetas sobre la mesa, exclamaba: «son falsas las dos.»

Hubiera deseado mejor un accidente apoplético que oír semejantes frases.

Retardaba la contestacion, porque materialmente no podia hablar.

Por último, lleno de vergüenza y confusion, dije: «el caso es..... que no tengo..... suelto.....»

Enriqueta, con una finura esquisita, no me dejó concluir.

—Eso no importa nada, exclamó, yo tengo. Tome usted, mozo, cobre lo que sea.

Mi amada me habia salvado; pero aquella material salvacion no ha borrado ni borrará jamás la vergüenza del suceso.

IV.

Un hombre cantaba un día
(Su negra suerte al cantar,)
Que agua en el mar no hallaria
Si por agua fuese al mar.

V. RUZ AGUILERA.

Me parece indudable que al escribir Aguilera el antecedente cantar, estaba pensando en alguno tan afortunado como yo.

V.

Al siguiente día, cuando apenas los dorados rayos del sol disipaban las sombras de la noche, sonaron fuertes golpes en la puerta de mi habitacion.

Inmediatamente me puse en pié con objeto de averiguar la causa del estrépito.

Al preguntar qué se ofrecia tan de mañana, conocí al Sr. D. Juan de la Pega, que exclamaba con robusta voz: «buenos días, mi querido amigo, soy yo.»

Tuve intencion de enviar á paseo al ignominioso petardista; pero desechando este pensamiento, le abrí la puerta.

Nos estrechamos las manos, y el oportuno caballero tomó asiento en una silla, diciéndome al mismo tiempo con mucha cachaza:

—Estrañará V. que venga tan temprano á molestarle, pero es el caso que un compromiso grave me obliga á recoger todos los piquillos que tengo esparcidos por ahí, y creo que V. me pidió ayer dos pesetas; venia á pedirselas y á que me dispensase la gran incomodidad que le proporciono.

—Sí, señor, con mucho gusto, le contesté, tome V. las dos pesetas que ayer me dió, las cuales están todavía sin cambiar.

Una vez en sus manos las dos monedas que él me habia entregado, empezó á hacer un análisis escrupuloso de ellas; al cabo de un rato, y sonriéndose con naturalidad pasmosa, me las devolvió dulcemente, añadiendo á la accion las siguientes palabras:

—Estas no son las pesetas que yo saqué de mi bolsillo, porque aquellas no eran falsas, y las que V. me entrega tienen todas las señales de haber sido fabricadas con plomo viejo.

—Pues le aseguro á V.....

—No hay seguridades que valgan, señor mío; ¿sería posible que una persona de mis circunstancias, descendiente del marqués del Trueno, primo del duque Kzocoziski de Rusia, y relacionado con las familias más aristocráticas, no solo de España sino del extranjero, le diese á V. una porquería semejante en malas monedas? Me indigna esa suposición gratuita de V..... ya no sé lo que me digo..... no marchó..... pero espero que hoy mismo me devuelva mi dinero, y tenga entendido que desde luego le retiro mi amistad.

Ya podías habérmelas retirado antes, repuse yo entredientes, mientras el aristocrático caballero del escamoteo bajaba la escalera á toda prisa.

Momentos despues me lanzaba nuevamente á la calle, en busca de los 8 rs. que me costaban los dos ochavos del préstamo.

Aquel mismo día pagué al Señor Don Juan de la Pega, cuyo apellido en nada desmerecía de sus hechos.

Desde entonces hago uso del siguiente refrán, que creo tiene un gran fondo de verdad.

Cuando tomes prestado

Mira la moneda que te han dado.

EPÍLOGO.

El anterior episodio está copiado al pie de la letra del original que obra en poder de.....

A. COTARELO.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuacion.)

Las lágrimas de los dos se confundieron, y las mias corrieron tambien en abundancia.

Mi viejo sacristan lloraba como nosotros, oculto en un rincón.

Esta escena duró algunos minutos; porque el pobre anciano no podia decidirse á dejar los brazos de la tierna María. Por fin, haciendo un esfuerzo inaudito, se desprendió de ellos, y llegándose á mí, tem-

bloroso y vacilante, cogió una de mis manos, la besó con respeto, y me dijo:

—¡Perdonad, señor! esa jóven iba á ser la esposa de mi hijo; porque merecía su noble corazón, como ninguna doncella del lugar; pero Dios no lo ha querido así; y aunque respeto su voluntad, no puedo menos de verter el llanto que veis, porque María era querida en mi casa, como se quiere la Providencia que viene á visitarnos todos los días.

—Y si Dios la ha elegido para sí, le contesté oprimiendo su mano entre las mias, ¿no la cedereis gusto cuando así complaceis al Padre celestial?

—¡Cúmplase su voluntad santísima! contestó resignadamente el anciano; y salió sin volver la cabeza, ó pero á los pocos pasos oí claramente que caía sin fuerzas en una silla: entonces me arrodillé, y estuve orando por aquella desolada familia, que parecia tan honrada como religiosa.

Cuando me levanté ví que María se persignaba y decia por lo bajo el acto de contrición.

No me quedaba duda, se queria confesar.

Nunca llegó á mis oídos lenguaje mas santo ni superior.

¡Oh, si nos fuese dado revelar los sufrimientos de los corazones afligidos y devorados por el dolor!

¡Oh, si nos fuese dado contar esas historias del alma que nadie ha pintado aun con el verdadero colorido!

¡Si le fuese dado al sacerdote escribir las agonías que ha escuchado, las penas que han lacerado sus oídos, y los crímenes que como un horrible trueno han retumbado en su cabeza!....

¡Pobre María! ¡Mártir gloriosa de los cielos!

Tu velo, al morir, flotó por los aires más blanco y ligero que de ninguna virgen de la tierra.

¡Tu corona de azahar despidió más gratos perfumes que las encendidas rosas de Jericó!

¡Tu alma fué más limpia de culpas, en el ala de la paloma, que la Madre de Dios bendijo en Ornitópolis.

¡Fuiste la mártir por esencia!

¡La víctima de la perfidia y la maldad más dura!

¡Tus hermanas fueron dos malas pasiones que Dios puso á tu lado, para convencerse de que puede estar el vicio junto á la virtud, sin que una ligera mancha empañe su blanca vestidura!

Cuando terminó la confesion de aquella virgen sin mancha creó que debia haber en mi rostro alguna arruga mas, causada por un sufrimiento doloroso,

y en mi cabeza mayor número de canas que las que pudiera darme la vejez.

¡Tanto sufrí con aquel relato!

Y es que la sencillez y la humildad tienen el don de conmover las fibras más ocultas del corazón humano.

Los tormentos que aquella niña había sufrido torturaron mi corazón.

Sus delicados brazos, que cubría con los finísimos linos de pudor, estaban acardenalados todavía por las bárbaras manos de sus hermanas, que cebaron en ella su crueldad de una manera espantosa y terrible.

Pero ella no sentía los dolores físicos que la hacían sufrir, sino el pecado que cometían maltratándola.

—¡Por Dios padre mío! ¡por Dios!—me dijo llorosa y angustiada;—buscad á las hermanas de mi corazón, y volvedlas á la buena senda, al verdadero camino de la cristiandad.

Yo las perdono y las amo mucho, y me arrepiento de haberlas hecho pecar; porque si ellas me maltrataban y golpeaban mi cuerpo, en mí estaba la culpa que no sabía adivinarlas, ni complacerlas.

Si querían que yo fuese humilde hasta el punto de arrastrarme de continuo á sus piés, debí hacerlo; y si ciegas de furor descargaban sus golpes en mí, yo debí, en vez de llorar, pedirles más castigo aun; que nunca está un cuerpo bastantemente castigado para lo que merecemos.

¡Padre mío! encargaos por Dios de purificar á mis hermanas; ellas son buenas, que todas las almas lo son, si no equivocaran el florido camino que el Supremo les ha señalado al bajar á la tierra.

¡Pobre María! una hora había pasado, y todavía tenía fuerzas para rogar por sus hermanas y encarecer sus virtudes, y lo impremeditado de sus delitos.

También me encargó mucho un inocente niño cuya historia me contó, y del modo prodigioso que había venido á sus manos,

—Después que me le robaron, dijo: pero Aurelio le hallará y será su padre; como yo me constituí en la madre de ese infeliz, que no tiene culpa de haber venido al mundo en una choza como pudo ser en un palacio, ni de ser un hijo de un bandido, en vez de serlo de un hombre tan bendito como Job.

—¿Por qué te llamaban *Idiota*, hija mía, pregunté á la joven sin poderme contener, cuando tienes más sabiduría y razón que yo experiencia?

—¡Idiota! ¡Idiota! murmuró sonriendo: ese nombre sonaba bien á mi oído, padre mío, y le he merecido, por no comprender antes de ahora que el ser que le lleva es mirado por Dios con dulzura.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

—¿Qué mayor ventura que ser *idiot*a, y compadecido por lo tanto de Dios y de los hombres?

Si el talento las más veces constituye el orgullo, la audacia y la vanidad, más vale ser pequeña criatura que viva oscurecida con su ignorancia y su rudeza que génio elevado que desafíe la cólera divina de Dios.

—Es que tú lo posees todo, ¡pobre niña! Talento y humildad á la vez ¡pequeñez y grandeza! ¡modestia y elevación!

—¡Oh! dijo la niña ruborizándose.—Yo soy lo que pronto dejaré de ser.

Pero quiero que vos, padre mío, al mandar depositar en la tierra este puñado de barro de que formada fui, saqueis de él muy limpia el alma para empezar á vivir lo que hasta ahora no he vivido; para empezar á gozar lo que no puede sentir el espíritu interín no se desprenda de esta cárcel que le oprime.

¡Oh padre mío! yo oí leer en mi niñez á una buena anciana una oración que nunca olvido, y que la hacía repetir besando sus manos y sirviéndola en todo lo que me ordenaba, con tal de que repitiese su lectura.

No sé por qué saltaba de gozo, cuando veía á aquella buena cristiana, sentada en viejo sillón, abrir el piadoso libro que apenas entonces comprendía, y empezar á leer estos párrafos ú otros parecidos.

«No rías mucho ni te envanezcas de verte bella como la flor del valle, que la risa y el envanecimiento desfiguran el alma, y Dios no la recibe cuando la han hecho perder su aérea forma, para darle la del cuerpo ruin y mezquino donde se ha encerrado.

»Si quieres sacar agua limpia de un pozo, déjala quieta para que se purifique.

»Si la trastornas y la revuelves, formarás un lodo difícil de separar del manantial cristalino; pues aunque se aclare al parecer, siempre conservará miasmas de barro impuro, y en vez de agradable olor á limpieza exhalará el de la podredumbre que le rodea.

»Si quieres que el líquido de una redoma no se corrompa nunca, no dejes pasar por ella el aire de la

vida. Cada ráfaga es una epidemia que la es contagiosa; y cuando quieres verterlo para apagar la sed de tus labios, en vez de recibir frescura sientes un mal-estar que te devora las entrañas.

»Cuando creas llegada la hora de que tu alma se separe de tu cuerpo, llama un químico profundo de la cristiandad, que divida con exactitud las partes de que se compone el cuerpo y el espíritu; porque si queda una partícula imperceptible en este, de la pesadez y culpa del otro, será fácil que no pueda volar para elevarse á los cielos.

»Sobre todo has de ser pequeño siempre que puedas, para ser grande despues.

»Que el que mucho holocausto y fama busca en vida, suele hallar mucha soledad en la muerte.»

—¡Oh padre mio! cuando yo oia leer á la anciana Genoveva estas cosas, mis ojos brillaban de alegría, porque yo era infeliz idiota, despreciada y olvidada de todos, menos de Dios, que siempre venia en mi ayuda, en medio de mis dolores y sufrimientos.

Lo que voy á contaros ahora no es un secreto de confesion: todo el pueblo lo sabe; porque muchos séres fueron los que sufrieron aquella noche terrible.

—¡No os canseis, hija mia! vuestra voz es débil; vuestro aliento fatigoso. ¡Reposad con la bendicion que ahora mismo echo sobre vuestra cabeza, y otro dia me referireis el por qué estais en esta casa y no en la vuestra, y por qué no estais unida á esas dos hermanas que tanto quereis y recomendais á mi celo religioso con tal fervor.

—¡Oh! ¡yo las amo mucho! y quiero que vayais á pedirles el perdon para mí, si en algo pude ofenderlas.

—Ya las he mandado llamar dos veces, creyendo que iba á morir, y no me han hecho caso siquiera.

Ellas no me quieren, ni permiten que yo las quiera tampoco; sin embargo, yo daria por mis hermanas los últimos momentos que me quedan de existencia, si esta no perteneciese por entero á Dios.

Y la pobre niña se ahogaba por las lágrimas y estrechaba mis manos, siempre repitiendo:

—¡Velad por mis hermanas, padre mio!

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

En estos momentos de calma, en que cada cual lleva lo que le parece, ¿sabeis lo que es moda?

Nadamos en plena fantasía, y por consiguiente tenemos que ver cosas extravagantes al lado de otras verdaderamente lindísimas. Uno de los más coquetones caprichos es la vesta; pues cuanto más avanzamos se hacen menos cuerpos de vestido. La boga de los cuerpos blancos no declina, si bien la temperatura de Setiembre exige encima una vesta. Prepáranse encantadoras y de variadas formas, sin que nos veamos perpétuamente reducidos al Figaro, aunque no del todo proscrito; pero á su lado se ostentan otros modelos llenos de mérito. Hé aquí especialmente dos que nos han cautivado:

El primero, sumamente coqueton y de fantasía: es de tela algeriana, á rayas anchas arrasadas, azul cielo sobre fondo blanco. La forma es la de una casaquilla enteramente flotante, sin depasar el talle. Se adopta la más graciosa capucha que se pueda imaginar: redonda, con maravillosas vueltas azules. Las mangas orientales, hendidas hasta casi la altura, terminan en punta. Nada más original que esta vestimenta, bajo la cual se puede colocar el más elegantísimo cuerpo blanco, sin temor de ocultarlo.

El segundo modelo, más sério, es en *faille* negro, con una especie de aldeta por detrás, vueltas por delante, y otras que forman á manera de aldeta encañonada por debajo del brazo. Todo ello va guarnecido de estrecho guipure, con cabecilla de pasamanería perlada, y de guipure ancho en las estremidades de las vueltas. Este modelo elegantísimo y sin tendencias á causar efecto, es el lujo, el buen gusto y la verdadera distincion.

Rivalizando con los trajes claros y los tejidos de fantasía, linos, mohair, sultanias, etc., que se llevaban casi esclusivamente este verano, vemos reaparecer la seda, aunque tímidamente; pero el otoño avanza, y luego no será ya cuestion de las telas ligeras. La boga de la nueva estacion son las rayas.

Se hacen muchas faldas lisas, pero recortadas en punta, lo cual es encantador, sobre todo con las rayas. Hasta el presente no disminuye la anchura, y las proporciones de la cola son siempre las mismas. No obstante, se trata de una innovacion para el invierno, de la cual no nos atrevemos á hablar sino

temblando: el vestido corto. Si: nada de mulletillas, de gafetes, de pajes ni de todos los medios poco agradables de levantar el traje por la calle; pero que á lo menos permiten dejarle marchar por un salon.

Dicen que algunas elegantes preparan sus faldas de manera que vengan á parar por encima de la botina, ni más ni menos que como las de las niñas; creemos que las bellas de buen gusto aceptarían con sentimiento semejante innovacion esperando lo más tarde posible, hasta tanto que absolutamente lo exija la moda, en cuyo caso, de buen ó de mal grado, habría que conformarse. Esta es la única novedad verdaderamente nueva, y aun la damos como muy dudosa.

La cuestion de los sombreros no se halla todavía sobre el tapete; el prendido de fantasía continúa triunfando, y el sombrero cerrado preocupará á nuestras elegantes dentro de dos meses lo más tarde. En este tiempo bien se puede modificar, crear, y arreglar.

Asegúrase que la forma Imperio, tal como se lleva en el momento, tiene probabilidades de alcanzar éxito para el invierno. Todo cuanto podemos desear es preservarnos de esa forma tal como se presentó en la primavera. También se dice reemplazará el oro al acero y que lo veremos brillar este invierno sobre nuestras cabezas.

Salgamos un poco de este asunto para dar algunos detalles positivos de actualidad, es decir, algunas descripciones de trajes.

Empezaremos por uno de interior, en popelina blanca á rayas anchas, negras y azules, de ese bellísimo azul de moda. Sobre el delantero de la falda lleva un jareton con una fila de botones en tafetan negro y un pequeño encañonado por cada lado. La casaca igual; algo grande, con capucha, bolsillos, vueltas de mangas, y jockeys adornados de tafetan negro y rodeados de encañonados retenidos por gruesos botones.

El segundo es de salir, en muselina de seda blanca sembrada de florecillas malva, con un volante encañonado en el bajo de la falda, superado de cuatro vieses en tafetan malva. El cuerpo es de muselina blanca todo guarnecido de entredoses de guipure Cluny colocados sobre cinta malva reemplazando á los pliegues. El cinturón de tafetan malva, va recubierto de guipure Cluny.

Finalizaremos por un precioso traje de sociedad para una joven. Es de organdi blanco con cuatro

volantes encañonados en el bajo de la falda, guarnecidos de un estrecho tul liso, y encima un doble bullonado con cabecilla de tul dispuesto á rombos y encerrado en una cinta azul. En cada punta donde se reúne se coloca un lazo azul encima. El cuerpo escotado va adornado por el mismo estilo con un largo cinturón azul anudado por detrás. El adorno se compone solamente de tirillas azules.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN

Núm. 2.530.

Primera figura. Traje de sociedad ó de teatro. Vestido de tafetan blanco, con un encañonado en la falda, superado de un entredós de guipur; sobre el paño delantero sube hasta el pecho un cruzado de cintas color de rosa, cubiertas con un entredós de guipur. Cuerpo alto y manga estrecha, donde se reproduce el mismo adorno. Segunda falda de glase color de rosa forma princesa, con cinturón sostenido en los hombros por tirantes. Esta segunda falda, que se abre en redondo por el paño delantero, va rodeada de guipur. Peinado de bucles sujetos con cintas rosa. Lazos de cinta en los hombros y corbata igual.

Segunda figura. Traje de campo. Vestido de alpaca; en medio del paño delantero sube una hilera de botones; por cada lado parte una banda de tafetan que descende y guarnece todo el bajo. Esta banda está sembrada de espigas bordadas. Camiseta de muselina adornada de entredós y encaje; cinturón de cinta blanca con caídas por detrás. Sombrero increíble con larga pluma negra y garzota.

Tercera figura. Niña de dos años. Vestido de fular con estrellas, dos encañonados de tafetan en el bajo. Cuerpo de escote cuadrado, manga corta y cinturón con caídas de cinta por detrás.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N.º 13, Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

